

There are no translations available.

**Autor: Santiago MARTÍN, sacerdote FM**

La noticia de esta semana, sin duda, ha sido la toma del Congreso norteamericano por una multitud de seguidores del aún presidente Trump. Me uno a la condena de ese acto violento que ha hecho la Conferencia Episcopal de ese país y, en especial, a la que ha hecho uno de los obispos más conservadores y provida de Estados Unidos, monseñor Cordileone, arzobispo de San Francisco.

Dicho esto y, repito, dejando claro que lo ocurrido en Washington no tiene justificación, creo que hay que decir al menos dos cosas más. La primera es que la violencia debe ser condenada por todos, la haga quien la haga. Una parte de lo ocurrido se debe a que hay mucha gente harta de la supuesta superioridad moral de la izquierda, según la cual todo lo que ellos hagan está bien hecho y todo lo que hagan sus adversarios políticos están mal hecho. Esto, jaleado por la mayoría de los medios de comunicación, se ha convertido en una dictadura del pensamiento, donde lo que es políticamente correcto lo deciden unos y los otros tienen que aceptarlo si no quieren asumir la sarta de insultos y descalificaciones permanentes que proceden de esa izquierda, dueña absoluta del pensamiento. Por ejemplo, lo del asalto al Congreso es malo, pero no lo es la violencia del movimiento “Black lives matter”, que se desató como consecuencia de la muerte de un ciudadano afroamericano por un policía. Si el policía actuó mal, debe ser juzgado y condenado, pero eso no justifica la violencia. Otro ejemplo, cuando los independentistas catalanes declararon la independencia de forma ilegal, en 2017, la policía tuvo que soportar ataques muy violentos, tras la intervención de la autonomía catalana por el Gobierno legítimo de España, pero al final los que fueron presentados como culpables fueron los policías. No puede ser que el uso de la violencia sea malo sólo cuando lo decidan los que controlan lo que es políticamente correcto. Precisamente ahí está una de las causas que generan esa violencia.

Otra cosa más: pensar que lo sucedido en Estados Unidos se debe a la actuación irresponsable de un presidente es simplificar mucho las cosas. La realidad es que el país está dividido y que, en ambas partes, los ánimos están exacerbados. Los que han asaltado el Congreso son una minoría radical, pero la mayoría de los que han votado a Trump, aunque desaprueban el uso de la violencia, no se sienten representados por los nuevos gobernantes. Quizá eso sea inevitable, pero precisamente por ello esos nuevos gobernantes deberían tener como principal tarea la de unir a todo el país y no la de imponer su rodillo, basándose en su mayoría, para aprobar unas leyes que la otra mitad del país rechaza. Por ejemplo, la mayoría demócrata en ese mismo Congreso asaltado, ya ha propuesto que se eliminen los términos “padre”, “madre”, “hijo” e “hija”, además de proponer la llamada “Ley de Igualdad” que

penalizará a los que no estén de acuerdo con la ideología de género. Gobernar para unos en contra de los otros no es propio de un buen gobernante. Es echar leña al fuego y luego quejarse. La violencia no tiene justificación, pero es responsabilidad de todos, especialmente de los que gobiernan, empezando por Trump pero no sólo por él, evitar las causas de esa violencia.

Y esto vale también para la Iglesia. El testamento de Jesús, recogido en el Evangelio de San Juan y proclamado tras la Última Cena, es una petición al Padre para que todos los cristianos estén unidos, a fin de que el mundo crea. Buscar la unidad es la gran tarea de todo gobernante, político o religioso, porque, y también son palabras de Cristo: un Reino en guerra civil va a la ruina y se derrumba casa tras casa.